

«Entre rejas»

La escena sucede en una cárcel, o más exactamente, en la celda de una cárcel. EL PRESO viste un convencional uniforme a rayas con un gorrito en idéntico dibujo. EL PRESO es un frescales de muchísimo cuidado como podremos comprobar en cuanto le dejemos hablar. EL CARCELERO es un honrado funcionario público con otro uniforme igualmente convencional. El uniforme, naturalmente, sirve para dejar bien claro desde el principio de la acción que los dos personajes se mueven en dos esferas diferentes; diferentes en el aspecto moral porque, en último término, los dos están en la cárcel, los dos visten uniforme y los dos reciben órdenes desde eso que se llaman instancias superiores.

Dicho esto, las intenciones de esta «función» ya quedan suficientemente perfiladas como para que resulte innecesario explicitarlas todavía más.

Se levanta el telón. EL PRESO está tumbado tranquilamente en el catre. Al entrar EL CARCELERO, se incorpora. EL CARCELERO trae en la mano una bandeja con el desayuno. Es un hombre de cincuenta años, poseído en principio de una cierta autoridad y un cierto engolamiento que le vienen del uniforme, del manajo de llaves y de la honrada conciencia de ser un funcionario al servicio de la justicia.

J. L. BLANCO



EL PRESO: Ya era hora, ¿no?

EL CARCELERO: ¿Pero tú qué te has creído? ¡Ya era hora, ya era hora! Estás en la cárcel, entérate, no en un hotel de cinco estrellas. Y aquí, el único que manda, aparte del director, es un menda lerenda, que soy el carcelero.

EL PRESO: Por eso lo decía. El horario en las cárceles se cumple a rajatabla. En cambio tú me traes el desayuno con media hora de retraso.

EL CARCELERO: ¡Y a ver por qué tengo yo que traerte el desayuno a la celda!

EL PRESO: Es una ventaja que te llevan los sinvergüenzas como yo. ¿Qué hay para desayunar?

EL CARCELERO: Café con leche y pan.

EL PRESO: ¡Mira que son cansinos los de la cocina!

EL CARCELERO: ¡Y dale! ¡Que no estás en un hotel de cinco estrellas! ¡Que estás preso por manitas!

EL PRESO: En cambio tú eres el guardián, el hombre de las llaves, el que todo lo abre y todo lo cierra, el que va y viene por los pasillos de la cárcel a donde le da la gana.

EL CARCELERO: A donde a mí me da la gana es a donde quisiera yo largarme.

EL PRESO: Eso está hecho, te largas y ya está. Es cosa tuya.

EL CARCELERO: ¿Y tú te crees que uno encuentra un trabajo como este y lo planta como si tal cosa de la noche a la mañana? ¿En dónde encuentras otro chollo mejor pagado que esto de andar entre las rejas como si fueras una fiera?

EL PRESO: Pues mira, yo me lo encuentro tan guapamente: un día es la caja fuerte de un banco, otro la de un hotel, otro un salón de máquinas tragaperras... No le hago ascos a nada.

EL CARCELERO: Y así te luce el pelo, que te han enchironado por seis meses y lo que se tercie si no te comportas.

EL PRESO: Oye, este pan está como una piedra.

EL CARCELERO: Afílate los dientes que no hay otro. A lo mejor trae una lima entre la miga.

EL PRESO: Me declaro en huelga de hambre. (*Se tumba en el catre*).

EL CARCELERO: ¡No empecemos!

EL PRESO: Que venga mi abogado.

EL CARCELERO: Tu abogado no te aguanta.

EL PRESO: Estoy en sesenta kilos según la báscula de la inspección. Empiezo la cuenta atrás.

EL CARCELERO: No seas majadero y tómate el café.

EL PRESO: Llévaselo de mi parte al director del inmueble.

EL CARCELERO: El señor director ya viene desayunado.

EL PRESO: Sesenta kilos incluyendo el esqueleto; o sea que con una media de «menos tres kilos» por jornada, dentro de dos semanas... pajarito.

EL CARCELERO: (*Coge el pan con ánimo de disparárselo a EL PRESO a la cabeza*) ¡Si no fuera por...! La verdad es que este pedazo de pan está pasmado. Aguarda un momento.

EL PRESO: (*Se incorpora y le llama*) ¡Eh!

EL CARCELERO: ¿Qué te ocurre ahora? Voy a buscar pan fresco.

EL PRESO: Ya de paso tráeme el periódico.

EL CARCELERO: ¡Pues no faltaba más! ¡El periódico! ¡El periódico para el señor marqués del uniforme a rayas!

EL PRESO: Quiero saber lo que se dice de mi último atraco.

EL CARCELERO: ¿Y qué quieres que se diga?

EL PRESO: Exactamente dónde estuvo el fallo para no volver a equivocarme.

EL CARCELERO: ¿Eso es lo que tú lees en los periódicos?

EL PRESO: Y todo lo que respecta a la así denominada «jet set». Me conozco todos los sistemas de llaves de Marbella. ¿Y qué es lo que lees tú?

EL CARCELERO: Puedes imaginártelo, con mujer y cuatro hijos.

EL PRESO: Pues al pronto no caigo.

EL CARCELERO: ¿Pero en qué mundo vives?

EL PRESO: De momento yo soy un hombre preso y tú eres un hombre libre.

EL CARCELERO: ¡Pues sólo faltaría! Si yo estuviera en tus mismas condiciones quién iba a trabajar como

un esclavo para pagar el piso, las matrículas del colegio, la cesta de la compra...

EL PRESO: ¡Libertad, libertad!

EL CARCELERO: Sin guasa.

EL PRESO: Cantaba un coro de «Bohemios» donde se repite mucho la palabra «Libertad». Pero tú sigue largando...

EL CARCELERO: Pues luego, ya tú sabes, mi señora...

EL PRESO: ¡Eh, cuidado! ¿Qué es lo que yo sé de tu señora?

EL CARCELERO: Quiero decir esa cuestión de los caprichos, que si las vacaciones en la playa, que si no tiene nada que ponerse, que si con un poco más de esfuerzo por mi parte y unas horas extraordinarias nos podríamos quedar con el piso... Y ahí me tienes, cada vez que llega el fin de mes, con el nudo de los plazos al pescuezo.

EL PRESO: Muy bien traído eso del nudo, estamos en ambiente.

EL CARCELERO: Y luego, aquí, el jefe, de la mañana a la noche dando órdenes, controlando hasta el menor de tus movimientos... No ocurre una pelea en una celda sin que el jefe no sospeche que toda la culpa es mía por falta de vigilancia. Algunas veces ya no le falta más que mandarme a una celda de castigo.

EL PRESO: En ambiente, seguimos en ambiente.

EL CARCELERO: ¿Y ahora quieres tú complicarme la novela con una huelga de hambre? Nada, hombre, nada, te voy a por el pan, te traeré el periódico...

EL PRESO: ¡Ah!, ya de paso...

EL CARCELERO: (*Entre perplejo y sarcástico*) ¿Qué?

EL PRESO: Después del desayuno me gustaría echar un sueñecito. Ten en cuenta que me he pasado la noche faenando. Tráeme una manta que no tenga pulgas. Y que no me molesten hasta la hora de comer.

EL CARCELERO: (*Sale refunfuñando*) ¡Hasta la hora de comer! ¡Hasta la hora de comer, no te fastidia! ¡Hasta la hora de...!

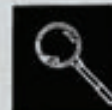
(*Sale*)

EL PRESO: ¡Con un poco de suerte me dan aquí las Navidades!

(*Bosteza*)

¡Libertad, libertad...!

ACTIVIDADES: (Tutores y Escuelas de Padres)



03. CASOS

1. Representad la escena, teniendo en cuenta algunos detalles importantes para que sea mejor comprendida: —aunque puede servir para otras cosas, se trata de ventilar en grupo el tema de la «libertad», qué pensamos de ella, cómo la describimos.

—los «actores» han de prepararse algún día antes, con el fin de que no sea una simple lectura sino una «escena montada», con un escenario más o menos simbólico, pero que prepare el ambiente y la atención.

—los «actores» han de ir vestidos conforme a su papel, música entrada, final, luces, etc., aunque sea en el «pequeño grupo»; pero hay que prepararlo.

2. Una vez representada, en vez de definir la libertad, cada uno que piense durante un tiempo y que luego cuente un CASO en el que se describa una situación real, propia o de otros, en la que él siente que «eso es libertad» o «eso no es libertad». No se trata de enjuiciar a nadie sino de comunicar su propio sentimiento.

3. A imitación luego de la escena representada, por subgrupos, montad «escenas propias» sobre el tema de la libertad. Y dejadlo así, quizá con los comentarios naturales que esto lleva consigo, pero sin llevarlo al terreno de la «racionalización» y disquisiciones en qué consiste o no el ser libre.